

TRES CARTAS INEDITAS DE MARAGALL A UNAMUNO

Constituye, sin duda, uno de los acontecimientos literarios más trascendentales del pasado año la publicación del *Epistolario de Miguel de Unamuno y Juan Maragall* (1), al que nos referimos en otro lugar de este cuaderno. Consta de treinta y siete cartas, que no sólo son expresión de una noble y sincera amistad, sino documento de gran interés para seguir las inquietudes literarias de sus autores en los años comprendidos entre 1900 y 1911, fechas a las que aquellas cartas se refieren.

Después de su publicación han aparecido otras tres cartas del poeta y escritor catalán, cuya copia ya poseen sus hijos, y mientras son acogidas en una nueva edición del *Epistolario*, debidamente autorizados por ellos, nos proponemos darlas a conocer en estas páginas, completando así las contenidas en aquél.

La primera de ellas es la que Maragall dirigió a Unamuno después de leer su libro *Tres ensayos* (1900), y su mejor elogio lo ha hecho su propio destinatario al iniciar la carta en que contesta a la del primero con estas palabras: "De las cartas que con ocasión de mis *Tres ensayos* he recibido es la de usted una de las más gratas y la más animadora. Soy yo ahora quien digo a usted: ¡Dios se lo pague!" He aquí el texto íntegro de dicha carta, escrita en papel con amplios márgenes de luto y fechada el día primero de junio de 1900.

I

"D. Miguel de Unamuno.

¡Ay, amigo mío (deje que le llame así), cuánto bien acaban de hacerme sus *Tres ensayos*! Me siento mejor para lo que llamamos

(1) *Unamuno y Maragall. Epistolario y escritos complementarios*. Barcelona, Edimar, S. A. 1951, 224 pp. y dos de índice. Dos fotografías.

vida y para lo que llamamos muerte. Los he leído como poesía, sin meditar ni releer nada; los he bebido con afán, y mi alma se dilataba y se concentraba al mismo tiempo. Fe en la fe—creer lo que no vemos—. Todo esto estaba dentro de mí, y usted me lo ha revelado y me gozo en ello. Dios se lo pague. Nos hemos hecho amigos. Dispóngase de mí.

Juan Maragall.

S/c., Alfonso XII, 79, San Gervasio. Barcelona, 1 de junio de 1900.”

Es impresionante la sencillez y hondura de estas palabras maragallianas. Comprendemos muy bien la impresión que produjeron a Unamuno, que le replica con una extensa carta cinco días después, el 6 de junio de 1900. (Carta I del *Epistolario* publicado.)

Y comentando una de las expresiones que brotan del alma de Maragall le dice: “Nos hemos hecho amigos—me escribe usted—. Así tenía que ser, y lo que tiene que ser, al fin es. Yo lo era de usted hace tiempo, porque más de una vez he apacentado mi espíritu en sus *Poesías*, y una de éstas, “La vaca cega”, hace tiempo que me la sé de memoria de puro leerla y recitarla a otros. Es una de las poesías más puramente poéticas que conozco.” Sabido es que don Miguel tradujo esta poesía, cuya versión incorporó a su primer libro de versos, el titulado *Poesías*. Madrid, 1907. En la carta que dirige a Maragall el 16 de noviembre de 1906 (VIII del *Epistolario*) le remite la versión de esta poesía, y al contestarle Maragall (carta IX) la celebra como un portento y le hace algunas observaciones sobre la interpretación y traducción de algunos versos, que don Miguel le agradece en subsiguiente tarjeta postal (la X del *Epistolario*), y a tenor de ellas corrige el texto castellano. Fruto de esta amigable colaboración es la versión definitiva que se lee en la página 120 de este *Epistolario*, salvados algunos yerros de la inserta en el libro *Poesías*.

Los que hemos estudiado Historia de la Lengua Castellana con don Miguel recordaremos siempre aquellas lecturas que nos hacía en su clase de poesías en catalán, gallego, portugués, lenguas peninsulares; y el trémolo de sincera emoción con que su voz se turbaba al recitar “La vaca cega”, de Maragall.

La segunda carta de Maragall llena otra laguna del *Epistolario*, creando el eslabón necesario entre las cartas II y III, ya que es contestación a aquélla y motivo de ésta. Es mucho más extensa y está fechada el 6 de noviembre de 1902. He aquí su texto íntegro:

II

“Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy estimado amigo: Ver letra suya es siempre para mí un fausto acontecimiento, porque ya antes de leerla estoy seguro de que voy a ganar algo con la comunicación. Es usted el espíritu más vivo que conozco en España; anima usted, renueva todo lo que toca (en su discurso de Cartagena hay sobre regionalismo cosas inolvidables, fecundísimas); es decir, que su trato rejuvenece de aquella juventud eterna que es la divinidad de las cosas. Por esto yo soy tan codicioso de sus letras, a falta del trato vivo, que es siempre lo mejor.

Le envió mi artículo sobre *Amor y pedagogía*. Dije lo que alcancé de ello, porque aquello es una cosa extraña y de sentido inagotable. En general no me gusta la mezcla de lo artístico y lo filosófico; siempre resulta algo híbrido... Y, sin embargo, es tan de nuestro tiempo. ¿Cómo se explicaría si no el fanatismo wagneriano? ¡Qué gran talento pedante y antipático el de Wagner! Yo no creo más que en el arte puro, en el popular; allí no hay engaño. La filosofía, la tendencia, la tesis en el arte puro resulta del estado de ánimo en que a uno le deja, y no hace falta más. Son grandes tesis las de la *Iliada* y el *Romancero*. Ahora he pasado una corta temporada en el corazón de nuestra *montanya* (sic), en el Montseny, lejos de poblado, en una masía, pisando yerba, mirando al cielo y oyendo canciones catalanas en la fuente viva. ¡Ay, amigo mío!, he vuelto hecho un bienaventurado; ¡qué fuerte he sentido el *excelsior*! ¿Qué son al lado de esto los diálogos de Platón? Un libro.

No llegaron a encarcelarme por “La Patria nueva” porque el *Diario de Barcelona* es aquí una institución; me procesaron tontamente y después sobreesayeron. A nuestro delirio de grandezas corresponde un delirio de persecuciones del Estado: sus agentes han dicho aquí que se sienten dispuestos a transigir con el anarquismo (en el mal sentido de la palabra) antes que con el catalanismo; y lo hacen: en todo ven separatismo, y ésta es la peor señal. Así lo ha perdido todo España,

y así se perderá a sí misma. Se siente perseguida por sus propios movimientos de vida y no descansará sino en la muerte.

Adivinó a Domenech y a Robert en sus escritos. Domenech es violento, agresivo... como un niño, agrio (envidioso, no), sobre todo irritable; pero no es malo y tiene talento. En el doctor Robert el escritor, el pensador, era lo de menos; su gran resorte era la simpatía personal: con sólo ella hizo por el catalanismo más que todos. ¡Si puede decirse que con ella curaba a sus enfermos, y así fué gran doctor en Medicina, esto es, en resorte vital!

El asunto de su próxima novela me encanta, y lo que me hace mejor esperar es que haya visto usted el caso. De todos modos, ante las obras de usted no discuto géneros ni teorías de arte; no sé qué tienen que me rindo. Tienen algo superior a las teorías.

Veo que su espíritu inquieto no para. La multiplicidad de sus estudios me espanta y me atrae. ¡Qué hombre es usted! Cuando me dice que gusta de mis versos y que traduce en otro verbo la poesía que encuentra en ellos, la verdad, ¡me siento tan orgulloso y halagado...!

No me olvide usted en su correspondencia. No me atrevo a pedírsela muy frecuente porque comprendo que usted ha de hacer lo que más convenga a su espíritu y al de España, pero... no me olvide. Sabe cuánto le quiere,

Juan Maragall.

S/c., Alfonso XII, 79, San Gervasio. Barcelona, 6 noviembre 1902."

Para quienes no tengan ahora a mano el *Epistolario*, vayan estas breves observaciones a la carta precedente.

El discurso de Cartagena al que Maragall alude al comienzo de su carta es el que pronunció Unamuno en dicha ciudad el 3 de agosto de 1902, publicado en la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, de Buenos Aires, con el título "España y los españoles". Se trata de un importante y olvidado texto que he incluido en el tomo III de la colección de escritos titulada *De esto y de aquello*, que está publicando en Buenos Aires la Editorial Sudamericana.

El artículo de Maragall sobre el libro *Amor y Pedagogía*, de Una-

muno, a que se alude en el párrafo segundo, apareció en *El Diario de Barcelona*.

“La Patria nueva” es un artículo de Maragall que fué publicado luego en un folletito, cuyo envío le agradece Unamuno en la carta anterior. En ella se refiere Unamuno también a los dos escritores catalanes que Maragall menciona en el párrafo cuarto de su carta, Domenech y Robert, de quienes había leído algo en la revista madrileña *La Lectura*, creo que en el mismo número—enero de 1902—en que se inserta otro escrito de Maragall titulado “El sentimiento catalanista”, que Unamuno le encomia diciéndole: “Me pareció de perlas.”

La novela aludida en el párrafo quinto, cuyo asunto le anticipa Unamuno a su amigo en la carta anterior, es la publicada años más tarde con el título de *La tía Tula*, a la que entonces proyectaba titular simplemente *La tía*, “historia—escribe—de una joven que, rechazando novios, se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que se le muere”, inspirada, al parecer, en un hecho real, ya que añade: “Conozco el caso.”

La multiplicidad de los estudios a que don Miguel se halla entregado, y que Maragall admira en el párrafo siguiente de su carta, son los que aquél menciona en su expresada carta (la II del *Epistolario*), a saber: estudios religiosos, de historia, crítica y exégesis del cristianismo. “Ahora estudio—añade—la dirección que han dado al neoluteranismo Rothe, Hermann y Ritschl.” También le anuncia un libro suyo en preparación: *Erostrato*, y el tomo de *Poesías*, que apareció cinco años más tarde, en 1907.

La tercera y última de estas cartas inéditas es de 22 de diciembre de 1903, y en ella contesta Maragall a otras dos de Unamuno (III y IV del *Epistolario*) y es la última antes de la visita de éste a Barcelona, en la que tuvo ocasión y propósito de conocer personalmente a su amigo. Obsérvese que la carta V—de 2 de noviembre de 1906—refleja la excelente impresión que su autor trae de aquella visita. En ella le anuncia la publicación de sus impresiones de Barcelona, que efectivamente publicó poco después en *La Nación*, de Buenos Aires. Es el artículo titulado “Barcelona”, que firma en Salamanca, en noviembre de ese mismo año, incluido en su libro *Por tierras de Portu-*

gal y de España (1911), y que figura también en el volumen del *Epistolario* (págs. 109 y siguientes).

He aquí el texto de dicha carta:

III

“Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy estimado amigo: Aguardando con impaciencia la impresión de la Memoria del Ateneo, en que va mi discurso, para escribir a usted al tiempo de remitírsela, contestando su amable carta del mes pasado, me he encontrado su segunda carta, que acabo de recibir, y ya no me detengo de escribirle; el discurso irá cualquiera de estos días, al momento en que tenga un ejemplar. En cambio, yo aguardo con vivo interés la obra de Maldonado que me anuncia, porque cosas así como me dice usted que es ésta son ya lo único que me interesa en literatura: cosas vivas; todo lo demás, papel malogrado y niebla enturbiadora del sentido. Por esto aguardo también y con impaciencia mayor su obra que me anuncia de filosofía “en la lengua en que se pide el chocolate”. Esto me promete algo socrático-platónico moderno que espero con avidez; y es que creo que usted puede hacer esto y nadie más que usted, que yo sepa, en España.

Dejé mi colaboración en el *Diario de Barcelona* y ahora no quiero hablar más al público por compromiso, porque es pecado contra la santidad de la palabra; sólo quiero hablar cuando crea tener algo que decir. “Es que así acabarás por no hablar”—me dicen los amigos que conocen mi indolencia—. “Tanto mejor—replico yo—; demasiado se pervierte el sentido del público con tantísima charla, que es vanidad pura o necesidad de pan.” ¡Ganarse la vida hablando! ¡Hablar para ganarse la vida! ¿Cómo no hemos caído en la cuenta todavía de ese enorme sacrilegio? ¿Por ventura el hablar no es el respirar del espíritu? ¡Ganar dinero por enseñar respirando ampulosamente! ¡Qué bajeza! Perdone, buen amigo, estas expresiones; ya ve usted, me niego al público, pero no he perdido aún el prurito pecaminoso de la pluma, y los amigos a quienes creo indulgentes, como usted, sufren de ello.

Mientras espero robustecer mi espíritu con su libro, quedo como siempre su amigo admirador,

Juan Maragall.

S/c., Alfonso XII, 79, San Gervasio. Barcelona, 22 diciembre 1903.”

Unas breves observaciones aspiran a aclarar el contenido de esta carta. Aunque la lectura de las dos que le preceden en el *Epistolario* es bastante.

El discurso a que se refiere Maragall al principio de ella es el titulado "El elogi de la paraula", y fué pronunciado al tomar posesión de la presidencia del Ateneo barcelonés. Esta obra maragalliana, que su autor tradujo más tarde al castellano en su libro *Elogios*, fué uno de los breviaros de Unamuno. Tantas veces la mencionó en sus escritos. Cuando se haga el gran tema de la relación entre ambos escritores, la de sus mutuas sugerencias, habrá que puntualizar las ocasiones en que don Miguel cita, a lo largo de su vida, este *Elogi* del poeta catalán.

La obra de Maldonado que Unamuno le recomienda, y cuyo envío espera Maragall, es el libro *Del campo y de la ciudad*, del que es autor Luis Maldonado, catedrático de esta Universidad de Salamanca y salmantino, de quien le dice aquél que es su mejor amigo. De este libro le habla Unamuno al escritor catalán en su carta de 20 de diciembre de 1903 (la IV del *Epistolario*) en estos términos: "Usted, que tan bien entendió y sintió al poeta Galán, entenderá y sentirá al *costumbrista* Maldonado, de pura cepa charruna en su sentir. Merece que usted lo lea."

La obra de Unamuno a que Maragall se refiere en el mismo párrafo de esta carta, y que aquél le anuncia en otra carta—la de 21 de noviembre de 1903 (III del *Epistolario*)—, lo es en estos términos: "Ahora preparo una obra de filosofía a la que no sé si titular *Inteligencia y voluntad, Ciencia y religión, Razón y fe*, por donde verá que coyunto entre sí de un lado inteligencia, ciencia y razón (facultad *económica*, espiritual, desasimiladora, seleccionante), y de otro, voluntad, religión y fe, que es lo constructivo, lo anabólico, que diría un fisiólogo de hoy. Quiero escribir de filosofía en la lengua en que se pide el chocolate y se habla de la cosecha y de los asuntos domésticos." Creo que parte de los materiales reunidos para este libro de variado título antinómico pasaron a los ensayos de Unamuno, juzgando por el contenido y por las fechas de publicación, que llevan por título *Intelectualidad y espiritualidad* (marzo de 1904), *Sobre la filosofía española* (junio de 1904) y *Los naturales y los espirituales* (enero de 1905), y también al libro que en 1905 pensaba titular *Tratado del Amor de Dios*, y que se publicó en 1913 con el de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Finalmente, toda la doctrina maragalliana de defensa de la santidad de la palabra, esa huída a comunicarse con el público sólo por compromiso que se esboza en el segundo párrafo de esta carta, y que él mantuvo como actitud vital en sus obras, le impresionó vivamente a su corresponsal. Léase, por ejemplo, lo que dice Unamuno en el segundo de sus escritos titulados "Leyendo a Maragall", que también se inserta en el *Epistolario*: "Maragall, como excelso poeta, religiosamente poeta, sentía la santidad de la palabra y pocos habrán rezado con más entrañada intimidad que él aquello de ¡santificado sea tu nombre! Sentía la santidad de la palabra y que no se debe profanarla." Compárense las afirmaciones que Maragall formula en esta carta con lo que escribió en enero de 1902 en uno de los artículos que Unamuno cita, el titulado "El derecho de hablar", que éste propone modificar con el de "El deber de callarse".

Y nada más. Celebramos que sea precisamente en estas páginas en las que se den a conocer estas tres cartas inéditas que son otros tantos eslabones en el proceso de una amistad trascendental y ejemplar, como la que mantuvieron Maragall y Unamuno, y que los numerosos lectores del recién publicado *Epistolario* completen con ellas el rico venero que en él se ha alumbrado.

M. G. B.

Salamanca, abril de 1952.